

Los dragones que estaban formados detrás de él, creyeron que les daba la orden de acometer, y le siguieron. Los caballos, ya precipitados, no pudieron contener su carrera, ni tampoco los soldados, que querían vengarse del revés que sufrieron en el encuentro del Palais-Royal, tratarían probablemente de detenerlos.

El príncipe vió que le sería imposible moderar el movimiento, y mandó á la carga; un clamor lanzado por las mugeres y muchachos se elevó al cielo para pedir á Dios venganza.

Pasó en la oscuridad una escena espantosa; los arrollados estaban fuera de sí de dolor, y los que cargaban de cólera.

Entónces se organizó una especie de defensa. Las sillas volaban sobre los dragones arrojadas desde el paseo. El príncipe de Lambesc, que caminaba á la cabeza de la caballería, descargó un sablazo sin saber si hería á un inocente ó á un culpable, y un viejo de setenta años cayó bañado en su propia sangre.

Billot lo vió caer y lanzó un grito de cólera. Al mismo tiempo disparó su carabina, brilló un fogonazo en la oscuridad, y hubiera muerto el príncipe, si casualmente no se hubiese encabritado su caballo, que recibió el balazo en el cuello y cayó á tierra.

Creyeron todos que el príncipe había muerto. Los dragones entraron en las Tullerías persiguiendo á los fugitivos.

Mas encontrando estos un gran espacio para huir, se dispersaron por entre los árboles.

Billot volvió á cargar tranquilamente su carabina.

— A fé mia que tenias razon, Pitou, dijo; creo que hemos llegado á tiempo.

— Ser valiente, dijo Pitou, descargando al mismo tiempo su carabina sobre el dragon mas próximo, me parece que no es tan difícil como yo creía.

— Sí, dijo Billot; pero el valor inútil no es valor; ven por aqui, Pitou, y cuida que no te se enreden las piernas en el sable.

— Aguardad, señor Billot: si me pierdo, no sé que será de mí. Como no he estado aqui nunca hasta ahora, no conozco los sitios de París.

— Pues ven, ven conmigo, dijo Billot; y siguieron por detrás de la tapia hasta que pasaron las tropas que avanzaban por los muelles á todo correr para ayudar en caso necesario á los dragones del príncipe Lambesc.

Cuando Billot llegó al extremo de la tapia, se subió á ella y saltó al muelle.

Pitou saltó en seguida.

## CAPITULO XII

Donde aun se sigue contando lo que sucedió en París el 13 de julio de 1789.

Cuando Billot y Pitou se encontraron en el muelle y vieron relucir á lo lejos, en el puente de las Tullerías, las armas de otros soldados, que segun todas las probabilidades no serian de los suyos, llegaron hasta la estremidad del muelle y se bajaron hasta la orilla del Sena.

Sonaron entónces las once en el reloj de las Tullerías.

Ocultos ya bajo los árboles que hay á la orilla del rio, bellas acacias y elevados álamos que bañan sus troncos en el agua, Billot y Pitou se tendieron en la yerba y empezaron á discutir lo que debia hacerse.

Se queria saber, y el colono fué el que fijó los términos de la cuestion, si debian permanecer allí, que era sitio seguro, ó ir á lanzarse en medio del tumulto y tomar parte en aquella refriega, que indudablemente duraria gran parte de la noche.

Fijada así la cuestion, Billot esperó el parecer de Pitou.

Mucha era la influencia que ejercia ya Pitou en el ánimo del colono. Naturalmente la habia este adquirido; primero por la ciencia que habia desplegado el dia anterior, y segundo por el valor que habia mostrado aquella misma noche.

Pitou conoció esto como por instinto: pero en vez de

enorgullecerse, no hizo sino mostrar mas agradecimiento al bueno del colono. Pitou era humilde de suyo.

— Señor Billot, le dijo, es cosa clara que vos sois todo un valiente, y yo no tan cobarde como pensaba. Horacio, que era un hombre superior á nosotros, al menos en poesia, arrojó sus armas y huyó en la primera batalla. Yo tengo aqui aun mi carabina, mi cartuchera y mi sable, lo que prueba que soy mas valiente que Horacio.

— Y bien; ¿qué es lo que quieres decir con eso?

— Quiero decir, señor Billot, que al hombre mas valiente puede matarle una bala.

— ¿Y qué mas?

— ¿Qué mas, señor mio?... que como vos mismo lo habeis dicho, salisteis de la alqueria para venir á Paris á un negocio importante.

— ¡Oh! ¡Trueno de Dios! es verdad, ¡la cajita del doctor Gilberto!...

— Pues bien, ¿habeis venido á eso, sí ó no?

— Sí, á eso he venido, y no á otra cosa.

— Si os dejáis, pues, matar por una bala, no podreis arreglar el asunto á que habeis venido.

— Es verdad que sí, tienes muchísima razon, Pitou.

— ¿Ois, señor, cómo gritan y andan á porrazos hácia aquella parte? dijo Pitou lleno de valor.

— Es el pueblo que está encolerizado, Pitou.

— Pero se me figura, añadió Pitou, que el rey no está bien que se encolerice...

— ¿El rey? ¿por qué?

— Sin duda, respondió Pitou; es claro que los austriacos, los alemanes y los kaiserlicks, como vos los llamáis, son los soldados del rey. Ahora bien; si acometen al pueblo, es porque el rey se lo manda, y para mandar semejantes cosas, por razon natural debe estar tambien el rey encolerizado.

— Tienes razon, y no tienes razon, Pitou.

— Eso no me parece posible, señor Billot, y yo os aseguro que si hubiéseis estudiado lógica, jamás os atreveriais á decir semejantes paradojas.

— Tienes razon y no tienes razon, Pitou, y voy á probarlo en seguida.

— Eso es lo que yo deseo, pero lo dudo mucho.

— Mira Pitou, hay dos partidos en la corte; el del rey que ama al pueblo, y el de la reina que ama á los austriacos.

— Es porque el rey es francés y la reina austriaca; dijo filosóficamente Pitou.

— Bien, escucha; con el rey están Mr. Turgot y Mr. Necker, y con la reina Mr. Breteuil y Polignac. El rey no es el que manda aqui, pues se ha visto obligado á destituir á Mr. Turgot y á Mr. Necker. Luego la reina es la que manda, ó por mejor decir, Breteuil y Polignac. Y he aqui la razon por qué todo va tan mal.

— Mira, Pitou, añadió despues Billot con socarronería; toda la culpa la tiene la señora *Deficit*. La señora *Deficit* está encolerizada, y por su orden acometen las tropas al pueblo, y los austriacos defienden á la austriaca; esto está muy puesto en el orden.

— Dispensadme, señor Billot, dijo Pitou; *deficit* es una palabra latina que quiere decir *falta*. ¿Qué es, pues, lo que falta aqui?

— ¡Voto va! el dinero; y falta el dinero porque se le han comido los favoritos de la reina, y por eso la reina se llama la señora *Deficit*. No es, pues, el rey el que está encolerizado, sino la reina. El rey está nada mas que enojado, pero enojado porque van tan mal las cosas.

— Ya comprendo, dijo, Pitou; pero, ¿y la cajita?

— ¡Ah! es verdad, Pitou; el demonio de la política me seduce siempre mas de lo que yo quisiera. Sí, sí; la caja es antes que todo. Tienes razon, Pitou; despues de ver al doctor Gilberto, volveremos á hablar de política. Es un deber sagrado.

— Nada hay mas sagrado que los deberes sagrados, dijo sentenciosamente Pitou.

— Vamos, pues, al colegio de Luis el Grande, donde está Sebastian Gilberto, dijo Billot.

— Vamos allá, respondió Pitou lanzando un suspiro,

porque tenía que levantarse de aquel lecho de yerba donde se encontraba tan cómodo. Y además, el sueño, huésped asiduo de las conciencias puras y de los huesos molidos, descendía cargado con todas sus adormideras sobre el tan virtuoso como molido Angel Pitou.

Ya se había puesto en pie Billot y estaba haciéndolo Pitou, cuando dieron las once y media.

— Pero se me figura, dijo Billot, que á las once y media de la noche debe estar cerrado el colegio de Luis el Grande.

— ¡Oh! sí; seguramente que sí, dijo Pitou.

— Y además, por la noche podemos caer en alguna emboscada; me parece que se ven hogueras de tropa hacia el palacio de Justicia; pueden prenderme ó matarme; tienes razón, Pitou, no es preciso que me prendan y que me maten.

Esta era la tercera vez, desde por la mañana, que Billot hacía resonar en los oídos de Pitou estas dos palabras tan halagüeñas para el orgullo humano.

— Tienes razón.

Nada le pareció mejor á Pitou que repetir las mismas palabras de Billot.

— Teneis razón, repitió, tendiéndose al mismo tiempo sobre la yerba. No es menester que os prendan ni que os maten, señor Billot.

Y estas últimas palabras se quedaron ahogadas en la garganta de Pitou. *Vox faucibus hæsit* hubiera sin duda dicho si hubiese estado despierto; pero no pudo porque estaba dormido.

Billot no se apercibió de ello.

— ¡Una idea! dijo repentinamente.

— ¡Ah! exclamó roncando Pitou.

— ¡Oye! me ocurre una idea; á pesar de todas las precauciones que tomemos me pueden matar; matar desde cerca ó herir desde lejos, y quizá herirme de muerte; y si esto aconteciera, es menester que sepas lo que debes decir al doctor Gilberto. ¿Oyes?... ¿Pero te has vuelto mudo, Pitou?

Pitou no oía lo que se le decía, y por consiguiente no respondió.

— Si fuese herido de muerte y no pudiese cumplir mi comision, irás á buscar al doctor Gilberto y le dirás... ¿oyes bien, Pitou? dijo el colono inclinando su cabeza hacia el dormido jóven; y le dirás... pero, ¿no está roncando el diablo del muchacho?

Al notar que Pitou estaba durmiendo, Billot le tuvo envidia.

— Durmamos, pues; dijo en alta voz.

Y se tendió al lado de su compañero, Aunque estaba muy habituado á la fatiga, el viage de por la mañana y los sucesos de aquella noche, no dejaron de ejercer en él su influencia soporifera.

A las tres horas de haberse dormido, ó mas bien alestargado, empezó á amanecer.

Quando se despertaron, París conservaba aun el siniestro aspecto que tenía dia anterior.

Ya no se veían soldados, sino pueblo por todas partes.

Todos iban armados de picas fabricadas á la lijera, fusiles de que la mayor parte no sabian hacer uso, magníficas armas de otras edades, cuyos adornos de oro y de marfil admiraban á los que llevaban, pero sin comprender su uso ni su mecanismo.

Apenas se retiraron los soldados, el pueblo había entrado á saco en el Guarda Muebles.

La multitud llevaba arrastrando dos piezas de artillería hacia el Hotel de Ville.

El toque de rebato sonaba en las torres de Nuestra Señora, del Hotel de Ville y de todas las parroquias. Se veían salir, no se sabe de dónde, legiones de hombres y de mugeres; pálidos, flacos, desnudos, que el dia anterior gritaban: ¡*pan!* y á la sazón gritaban: ¡*á las armas!*

Nada hay tan siniestro como aquellas bandadas de espectros que hacia uno ó dos meses iban llegando de las provincias, y entrando por las puertas de París silenciosamente, andaban en la poblacion como los cárbos en un cementerio.

Aquel día la Francia entera, representada en París por los hambrientos de las provincias, gritaba á su rey : *¡Hacednos libres!* y á su Dios : *¡dadnos de comer!*

Billot se despertó el primero, y en seguida despertó á Pitou. Ambos se encaminaron juntos hácia el colegio de Luis el Grande, estremeciéndose llenos de espanto al ver por todas partes huellas y regueros de sangre.

Segun se iban acercando hácia el barrio que hoy se llama Latino, al subir por la calle de la Harpe, y al entrar en la de Saint-Jacques, que era á la que se dirigian, por todas partes veian barricadas, como en tiempo de la Fronda.

Las mugeres y los niños estaban subiendo á los pisos altos de las casas muebles pesados, libros en folio y mármoles preciosos con el fin de arrojarlos sobre los soldados extranjeros en el caso de que se atreviesen á entrar en las estrechas y tortuosas calles del antiguo París.

Billot observó que los guardias franceses, con una rapidez inconcebible, estaban enseñando á los hombres del pueblo á toda prisa el manejo del fusil, ejercicio que presenciaban llenos de curiosidad los niños y las mugeres, casi deseando aprenderlo tambien.

Cuando Billot y Pitou llegaron al colegio de Luis el Grande, vieron que allí tambien habia insurreccion : los estudiantes se habian sublevado y arrojado de allí á sus maestros.

En el momento en que llegaron, en la puerta del colegio estaban en tumulto amenazando á su gefe, quien les respondia con lágrimas en los ojos y lleno de espanto.

Billot contempló un instante en silencio aquella rebelión, y de repente con una voz estentórea, gritó :

— ¿Quién de vosotros se llama Sebastian Gilberto?

— Yo, respondió un jóven de quince años, de una belleza casi femenil.

— Acercaos aqui, hijo mio.

— ¿Qué me quereis, señor? preguntó á Billot el jóven Sebastian.

— ¿Vais á llevarle preso? gritó el gefe, asustado de ver

aquellos dos hombres armados, y á uno de ellos, que era Billot, todo cubierto de sangre.

El muchacho miró tambien como asustado á estos dos hombres, y como que queria conocer á su hermano de leche Pitou; pero no fue así, porque Pitou habia crecido extraordinariamente desde que le dejó en Villers-Cotterets, y era imposible conocerle ahora con los atavíos guerreros que llevaba encima de sí.

— ¡Llevarle preso! exclamó Billot; preso al hijo del señor Gilberto! ¡Oh! A fé mia que no lo consentiré.

— Vamos, Sebastian, dijo el gefe con voz suplicante : esos señores parecen amigos. ¡Por Dios, señores! ¡Vamos, hijos míos! gritaba el pobre gefe; ¡obedecedme, obedecedme yo os lo mando, obedecedme, yo os lo suplico!

— *Oro obtestorque*, dijo Pitou.

— Señor, dijo el jóven Gilberto con una firmeza rara en un muchacho de su edad; detened si quereis á mis camaradas; pero yo, sabedlo, yo quiero salir y saldré.

Y dió un paso hácia la puerta. El profesor le detuvo asiéndole del brazo.

Pero él, sacudiendo sus hermosos cabellos castaños sobre su pálida frente :

— Señor, le dijo, mirad bien lo que vais á hacer. Yo no estoy en la situacion de los demas; mi padre ha sido preso y metido en un calabozo; ¡mi padre está en poder de los tiranos!

— ¡En poder de los tiranos! exclamó Billot; ¿qué es lo que quereis decir, hijo mio?... Cuéntame lo que pasa.

— Sí, sí, gritaron los estudiantes. Sebastian dice muy bien; su padre está preso, y puesto que el pueblo ha entrado en las cárceles á libertar á los presos, quiere él ir á libertar á su padre.

— ¡Oh! ¡oh! murmuró Billot sacudiendo la puerta con su hercúleo brazo; ¡preso el doctor Gilberto! ¡Dios mio! Catalina tenia razon.

— Sí señor, añadió el jóven Gilberto; mi padre está preso y por eso es por lo que quiero salir de aqui y tomar un fusil é ir á batirme hasta libertar á mi padre.

Y estas palabras fueron acompañadas de cien voces furibundas que gritaban :

— ¡Armas! ¡armas! ¡vengan armas!

Al oír estos gritos, la muchedumbre que se había reunido en la calle, animada también de heroico ardor, se precipitó por la puerta para dar libertad á los colegiales.

El gefe se hincó de rodillas entre los invasores y los estudiantes, y gritaba :

— ¡Oh! ¡amigos, señores! ¡por Dios! ¡si son unos pobres muchachos!

— Sí, muchachos, dijo un guardia francés, es verdad, pero buenos para hacer el ejercicio mejor que los ángeles.

— ¡Amigos míos! Estos muchachos son un depósito sagrado que me han confiado sus padres; yo respondo de ellos; sus padres tienen depositada en mí su confianza; ¡por Dios! ¡en nombre del cielo! ¡soltad á estos muchachos!

Algunos murmullos que venían desde la calle, respondieron á estas dolorosas súplicas.

Billot salió también á su defensa; y oponiéndose á los guardias franceses, á la multitud y á los estudiantes mismos :

— Tiene razón, dijo; los hombres á batirnos y á morir, si es preciso; pero que vivan los muchachos, es preciso que quede semilla para el porvenir.

Un murmullo de desaprobación siguió á estas palabras.

— ¿Quién es el que murmura? exclamó Billot; á buen seguro que no es un padre. El que os está ahora hablando, yo mismo, tuve ayer dos hombres muertos en estos brazos. Aquí está su sangre sobre mi camisa : ¡mirad!

Y enseñó su camisa y su vestido ensangrentados, con un movimiento de grandeza que electrizó á la multitud.

— Ayer, prosiguió Billot, me batí en el Palacio Real y en las Tullerías, y este muchacho también se batió; pero este muchacho no tiene padre ni madre, y además es ya casi un hombre.

Y señaló á Pitou que se pavoneaba orgulloso.

— Hoy también me batiré; pero que no se diga nunca

que los parisienses no se atrevan con los extranjeros, y que llaman para que los ayuden á los muchachos.

— ¡Sí, sí! exclamaron por todas partes hombres y mujeres. ¡Entraos! ¡entraos! dijeron á los estudiantes.

— ¡Oh! gracias, gracias, señor; dijo el profesor cogiendo á Billot de la mano.

— Sobre todo, tened cuidado de que no salga Sebastian, dijo Billot.

— ¿Quién? ¿yo? ¡yo no salir! dijo el joven lívido de cólera y procurando escaparse.

— Dejadme entrar, dijo Billot, yo sabré apaciguarle. Y la multitud se fué retirando y el colono entró en el patio del colegio seguido de Pitou.

Tres ó cuatro guardias franceses se pusieron de centinela en las puertas del colegio para no dejar salir á los jóvenes insurgentes.

Billot se llegó á donde estaba Sebastian, y tomando entre sus gruesas y callosas manos las manos blancas y finas del joven Gilberto,

— Sebastian, le dijo, ¿no me conoces?

— No.

— Soy el tío Billot, el colono de tu padre.

— ¡Ah! si señor, os conozco.

— ¿Y este muchacho, dijo Billot señalando á su compañero, le conoces?

— ¿Angel Pitou?

— Sí, Sebastian, sí : yo, yo soy : el mismo :

Y Pitou se precipitó, llorando de alegría, al cuello de su hermano de leche y de su compañero de estudio.

— Y bien, dijo tristemente el joven Gilberto; ¿y qué queréis?

— ¿Qué queremos?... Si han prendido á tu padre, salvarle; y yo seré quien le salve; yo. ¿lo entiendes?

— ¿Vos?

— Sí, ¡yo! ¡yo! y todos me ayudarán á ello. ¡Qué diablo! Ayer nos vimos cara á cara con los austriacos, y olimos la pólvora de sus cartucheras.

— Y en prueba de ello, aquí tengo yo una, dijo Pitou.

— ¿No es verdad que libertaremos á su padre? preguntó Billot dirigiéndose á la multitud.

— ¡Sí! ¡sí! murmuraron cien voces, le libertaremos. Sebastian movió á un lado y á otro la cabeza.

— Mi padre está encerrado en la Bastilla; dijo con melancolía.

— ¿Y qué? exclamó Billot.

— ¿Y qué?... que no se puede entrar tan fácilmente en la Bastilla, respondió Gilberto.

— Y entonces ¿qué es lo que quieres tú hacer si tienes esa convicción?

— Quiero irme á la plaza á batirme; á que mi padre me vea desde las rejas de su calabozo.

— Imposible.

— ¿Imposible? ¿Por qué razón? Un día, yendo de paseo con los colegiales, ví yo á un preso asomado á una ventana. Si este preso hubiera sido mi padre, al instante le hubiera conocido y le hubiera gritado:

— Padre mio, estad tranquilo: yo os amo.

— Y en seguida te matarian los soldados de la Bastilla.

— ¿Y qué importa? moriría en presencia de mi padre.

— Vaya una muerte; ¡ir á morir á la vista de tu padre. Tú eres un mal muchacho, Sebastian. ¡Hacerle morir de dolor dentro de su calabozo cuando no tiene mas que á tí solo en el mundo y te ama tanto! Nada; tú eres un mal muchacho, Gilberto.

Y Billot dió suavemente un empujon al pobre niño.

— Sí, sí, tienes mal corazón; dijo llorando Pitou y hecho un mar de lágrimas.

Sebastian no respondió una sola palabra.

Y mientras él estaba absorto en un sombrío silencio, Billot admiraba su noble frente, blanca y lustrosa, sus ojos de fuego, sus labios irónicos y delgados, su nariz de águila, y su barba vigorosa que demostraba á la vez nobleza de alma y nobleza de sangre.

— ¿Dices que tu padre está en la Bastilla? dijo Billot al cabo de un rato.

— Sí.

— ¿Y por qué?

— Porque mi padre es un amigo de Lafayette y de Washington; porque ha combatido con su espada por la independencia de América y con su pluma por la de Francia; porque es conocido en ambos mundos como enemigo de la tiranía, y porque ha maldecido á la Bastilla donde sufrían los demas... por eso le han llevado allí.

— ¿Y cuándo le han preso?

— Hace ya seis dias.

— ¿Y donde le cogieron?

— En el Havre, cuando acababa de desembarcar.

— ¿Cómo sabes tú eso?

— He recibido una carta suya.

— ¿Fechada en el Havre?

— Ciertamente.

— ¿Y fué en el mismo Havre donde le prendieron?

— Fué en Lillebonne.

— Pues vamos, dí; no me ocultes nada; refiéreme todo lo que sepas; te juro que dejaré mis huesos en la plaza de la Bastilla, ó que has de volver á ver á tu padre.

Sebastian dirigió una mirada á Billot, y viendo que parecia hablar de todo corazón, mitigó algun tanto su aspereza.

— Sí, en Lillebonne, repitió; tuvo el tiempo suficiente para escribirme estas palabras en un libro:

« Sebastian;

« Me han preso y me llevan á la Bastilla. ¡Paciencia!

« Espera, y trabaja. »

« Lillebonne 7 de julio de 1789. »

« P. S. El delito porque me prenden, es el amor á la libertad.

« Tengo un hijo en el colegio de Luis el Grande en París. En nombre de la humanidad se ruega al que se encuentre este libro, que le haga llegar á manos de mi hijo.

« Mi hijo se llama Sebastian Gilberto. »

— ¿Y ese libro? preguntó Billot conmovido.

— Dentro de ese libro puso una moneda de oro, le ató con un cordón y le tiró por la ventana.

— Y....

— Y se le encontró el cura del pueblo, que inmediatamente fué á buscar á un jóven parisiense, que residía allí, y le dijo: « Toma; entrega estos doce francos á tu familia que no tiene pan que llevarse á la boca, y con estos otros doce, vete á París á entregar este libro á un pobre muchacho cuyo padre acaba de ser preso porque ama al pueblo. » Ese jóven llegó aquí ayer tarde y me entregó el libro. Así es como he sabido que mi padre se halla preso.

— ¡Vamos! dijo Billot; esto me reconcilia algún tanto con los curas, pero desgraciadamente no son todos lo mismo. ¿Y ese buen hombre que te ha traído el libro dónde se halla?

— Se volvió á su pueblo ayer mismo, alegre porque iba á llevar á su familia cinco francos más que le sobraban del viage.

— ¡Bueno! ¡bien! exclamó Billot llorando de gozo. ¡Oh! ¡el pueblo! el pueblo es bueno, amigo Gilberto.

— Ahora.... ya sabéis lo que queríais saber.

— Si.

— Pero me habeis prometido si os lo contaba todo, libertar á mi padre. Os lo he contado: cumplid, pues, ahora vuestra promesa.

— He dicho que le salvaré ó moriré por salvarle. Pero antes enseñame el libro.

— Aquí está, dijo el muchacho sacando del bolsillo un tomo del *Contrato social*.

— ¿Y dónde está lo que te ha escrito tu padre?

— Aquí, dijo Gilberto señalándole la letra del doctor.

El colono lo leyó otra vez.

— Pues ahora, dijo, no tengas cuidado; voy á buscar á tu padre á la Bastilla.

— ¡Desdichado! ¿qué vais á hacer? dijo el jefe del

colegio cogiendo de la mano á Billot. ¿Cómo quereis libertar á un prisionero de Estado?

— Muy fácilmente; tomando la Bastilla.

Algunos guardias franceses se echaron á reír, y al cabo de un instante la risa fué general.

— Pero.... ¿qué es la Bastilla? dijo Billot paseando por la multitud una mirada centellante de cólera; ¿qué es la Bastilla? decídmelo.

— ¿Qué es la Bastilla?... piedra, dijo un soldado.

— Hierro, dijo otro.

— Y fuego, dijo un tercero.

— Mirad no os queméis, valiente amigo; porque allí se quema á los hombres.

— Sí, sí, se quema, repitió la multitud aterrorizada.

— ¡Ah! parisienses, gritó el colono; teneis piquetas y os imponen las piedras, teneis plomo y temeis al hierro, teneis pólvora y os asusta el fuego! parisienses, ¡cobardes! ¡viles! ¡esclavos! Qué demonio! ¿Quién es el hombre de corazón que quiere venir conmigo y con Pitou á tomar la Bastilla?... Yo me llamo Billot, colono en Il de France. ¡Marchemos! ¡adelante!

Billot se había elevado á lo más sublime de la audacia.

La multitud inflamada y rugiendo se puso en movimiento gritando:

— ¡A la Bastilla! ¡A la Bastilla.

Sebastian quiso también seguir á la multitud, pero Billot se le opuso.

— Chico, le preguntó, ¿cuál es la última palabra que te ha escrito tu padre?

— Trabaja, respondió Sebastian.

— Pues *trabaja* aquí; nosotros vamos á *trabajar* allí. Con la diferencia de que nuestro trabajo consiste en destruir y matar.

El jóven no respondió más; ocultó su rostro entre sus manos, sin apretar la de Angel Pitou que se la presentaba, y cayó en tan violenta convulsión, que tuvieron que llevarle á la enfermería del colegio.

— ¡A la Bastilla! gritó Billot.

- ¡ A la Bastilla! gritó Pitou.  
 — A la Bastilla repitió la multitud.  
 Y se dirigieron todos á la Bastilla.

## CAPITULO XIII

¡El rey es tan bueno!... ¡La reina es tan buena!

Permitánnos ahora nuestros lectores que les pongamos al corriente de los principales acontecimientos políticos que acaecieron desde la época en que dejamos la corte de Francia en nuestra última publicación.

A los que conocen la historia de aquella época y á aquellos á quienes asusta la sencilla relacion de los hechos, les aconsejamos que dejen en claro este capítulo, pasando al siguiente que se enlaza con el anterior, pues lo que vamos á decir ahora, es únicamente para aquellos espíritus exigentes que quieren darse cuenta de todo.

Hacia ya uno ó dos años que cierto rumor extraño, nunca visto ni oído, que venia de lo pasado y se dirigia hácia el porvenir, se oía resonar en los aires como el ruido que precede á la tempestad.

Era la revolucion.

Voltaire se habia incorporado un instante antes de morir, y puesto de codos en el lecho de su agonía, vió lucir entre las tinieblas de la muerte en que iba á sepultarse aquella fulgurante aurora.

La revolucion, como el Cristo, que era su pensamiento, debia venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

Cuando Ana de Austria subió á la regencia, dijo el cardenal de Retz, no se oía mas que una palabra en todos los lábios: ¡ *La reina es tan buena!*

Un dia Quesnoy, el médico de Mad. Pompadour, en cuya casa vivía, al ver entrar á Luis XV, sintió tanto respeto hácia el monarca, que se turbó y palideció.

- ¿Qué es lo que teneis? preguntó Mad. Hausset.  
 — No sé, respondió Quesnoy; cada vez que veo al rey

digo para mis adentros: este hombre puede mandar que me corten la cabeza,

— ¡ Oh! no temais eso, respondió Mad. Hausset ¡ *El rey es tan bueno!*

Y pronunciando estas dos frases, *El rey es tan bueno, La reina es tan buena*, es como se ha hecho la revolucion francesa.

Cuando Luis XV murió, la Francia empezó á vivir. A un mismo tiempo se vió libre del rey, de Pompadour, de Dubarry, y del Parc-aux-Cerfs.

Los placeres de Luis XV costaron muy caros á la nacion; ellos solos costaron mas de tres millones cada año.

Afortunadamente, el sucesor era un rey jóven, moralista, filántropo, y casi filósofo; un rey que, como el *Emilio* de Juan Jacobo Rousseau, habia aprendido un oficio, ó por mejor decir, tres oficios.

Era cerrajero, relojero y constructor, todo al mismo tiempo.

Ello es, que asustado al ver el abismo á que se habia aproximado, empezó el rey á negar todas las gracias que se le pedian. Murmuráronlo los cortesanos, pero una cosa les tranquilizó; que no era él quien las negaba, sino Turgot, y que la reina no era reina todavía podia decirse; y por consiguiente no tenia toda la influencia que alcanzaria naturalmente con el tiempo.

Por fin, en 1777, alcanzó esta influencia que tanto se aguardaba; la reina tuvo un hijo; el rey que era ya tan buen rey y tan buen esposo, podia ya ser tan buen padre.

¿Cómo negar ya nada á la que le habia dado un heredero al trono?

Y no era solo esto; el rey ¡ era tambien tan buen hermano! Sabida es la anécdota de Beaumarchais sacrificado al conde de Provenza, y eso que el rey no tenia cariño al conde de Provenza porque era un pedante.

Pero en cambio queria mucho al conde de Artois, que era un modelo de chiste, de elegancia y nobleza cortesana.

Le queria tanto, que cuando negaba alguna gracia que le pedía su esposa, no tenia el conde de Artois mas que